9662

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

EL RICO Y EL POBRE.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Casilari.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferreiro.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Idem.	Hidalgo.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hidalgo.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Pintor.

EL RICO Y EL POBRE,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL

DE D. FRANCISCO BOTELLA Y ANDRES.

Representado con aplauso en el teatro del Instituto Español el 18 de Febrero de 1855.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor núm. 9
1855.

La propiedad de este drama pertenece al Director de la Galeria lírico-dramática EL TEATRO, *y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

AL SR. D. JOSÉ BRÚ Y PIQUERES,

Su afectísimo amigo

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA	Sra. Chiquero.
MARIA	Sra. Fernandez.
PEDRO	Sr. Pardiñas.
EL CONDE	Sr. Izaguirre.
ANTONIO	Sr. Benedi.
TOMAS (negro)	Sr. Maza.
UN CRIADO	Sr. Velasco.
UN JEFE DE LA POLICIA	Sr. Garralon.

Criados del Conde. —Gente del pueblo, etc.

La escena en Madrid : 1855.

ACTO PRIMERO.

Sala pobremente amueblada: puerta al fondo y laterales. Una ventana á la derecha; en primer término una mesa y un sillon viejos, delante una banqueta.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, ADELA, *cosiendo.*

ADELA. Seguid, seguid contándome esa historia, madre mia.

MARIA. La noble sangre de los hijos de ese pueblo regó las calles y selló el triunfo de la libertad; heróicos hechos se presenciaron por do quiera, y fijos solamente en su patria y su ley hicieron doblar la rodilla al tirano y conquistaron con sus vidas el cetro de su destronado rey. Si hubieras visto, hija mia, con qué valor peleaban y con qué generosidad perdonaban á los que caian en sus manos! Nobles españoles, tan solo con su sangre lograron hacer célebre, tan célebre, el inolvidable *Dos de Mayo.*

ADELA. Quién hubiera vivido entonces, madre mia!

MARIA. Yo era todavia muy niña, como tu padre, á quien no conocia aun.

ADELA. Pero decidme, madre mia, por qué peleaban con tanto valor y entusiasmo?

MARIA. Porque los franceses querian usurparnos nuestra liber-

608196

tad, porque un déspota guerrero queria uncir á su carro una nacion mas; pero llegaron á España, creyéronla adormecida ó falta de valor y pensaron clavar en ella su garra; el pueblo despertó de su letargo y se arrojó con furia sobre sus opresores haciéndoles ver que sus hijos no sufren el yugo extranjero, que corre por sus venas sangre ardiente, y que el nombre de *libres* va unido al de españoles. Entonces conquistaron su libertad; mas, ay! hija mia, han pasado cuarenta y seis años, y el yugo de otra tiranía mas criminal humilla nuestras frentes; una pandilla de hombres sin ley y sin patria saquea nuestros hogares y consume nuestro trabajo; ella es la causa de que casi perezcamos en la miseria. Tu padre no ha querido hacer traicion á sus principios, y errante y pobre sufre las consecuencias, hasta que Dios mejore la santa causa de la libertad. Apenas tenemos con qué mantenernos, apenas pueden nuestros labios...

ADELA. Oh! no lloreis, madre mia, la Providencia jamás abandona á la virtud; arrojémonos en sus brazos y ella nos salvará!

MARIA. La esperanza no debe perderse nunca, hija mia. Quisiera descansar.

ADELA. Si, entrad, entrad; procurad dormir; os despertaré á la caida de la tarde.

ESCENA II.

ADELA.

Pobre madre mia! Cuánto diera por secar su llanto! Siempre triste! Verdad es que en nuestra posicion no puede hacerse otra cosa. Ah! Si Antonio al menos fuera rico podriamos esperar algo de nuestro enlace; pero tampoco lo es; la miseria nos consume hoy, y la miseria nos espera mañana!

ESCENA III.

ADELA, ANTONIO.

ADELA. Antonio!

ANTONIO. Adela mia! Vengo por un momento á escuchar tu voz

y mirar tu lindo rostro. Has llorado?

ADELA. Si, Antonio.

ANTONIO. Quién ha podido ofenderte?

ADELA. Nadie; las lágrimas asoman á mis ojos todos los dias al pensar en nuestra situacion; mi pobre madre no puede resistir el peso de las desgracias, que han de acabar con su vida.

ANTONIO. No temas, Adela, pronto llegará el dia suspirado, pronto desaparecerá esa oscura nube que cubre el horizonte de nuestras dichas, y veremos aparecer otra vez brillante el sol de la felicidad.

ADELA. Ilusiones! Hace tres años que te oigo decir lo mismo todos los dias.

ANTONIO. Hace once que nos mantiene esa esperanza; pero no hay duda; nada en el mundo es eterno, y siempre los grandes males son precursores de los grandes bienes. Esa aurora que debe muy pronto aparecer para nosotros, será la que vea unir nuestras manos como lo está nuestro corazon ante el ara del altar; espera en Dios; él protege la santa causa y su divina justicia recompensará con exceso nuestras desdichas cuando llegue el dia de la expiacion.

ADELA. Y crees tú que llegará ese dia?...

ANTONIO. Oh! Si, y no está lejos, no está lejos el momento en que el pueblo oprimido recobre sus derechos y selle con su sangre el nombre de la santa causa.

ADELA. Y si tú viertes la tuya por defenderla?

ANTONIO. A la voz de la patria nadie debe negar su vida; yo le ofreceré la mia y ella en pago me dará una felicidad eterna para compartirla contigo. Si vieras cuál me late el corazon, cómo hierve la sangre en mis venas al pensar en ese dia!... Me contemplo un gigante capaz de hacer desaparecer de un soplo esos palacios que insultan nuestra pobreza y esos banquetes que ultrajan nuestra miseria. Oh! Porque el pueblo, Adela, cuando ese pueblo levante su tremenda espada y caiga como un torrente sobre sus opresores, entonces...

ADELA. Chit, por Dios, Antonio, por Dios; pueden escuchar nos y sabes el castigo que impondrian á tu imprudencia; tal vez te apartarian de mí, y este seria el colmo de mi desventura.

ANTONIO. Es cierto! ni aun el desahogo de poder hablar, ni aun

el derecho de maldecir á los que nos oprimen.

ESCENA IV.

DICHOS. PEDRO. *Viene vestido pobremente, en extremo desfigurado y débil.—Va á sentarse al sillon.*

PEDRO. Ah! Nada, siempre lo mismo, hasta el último recurso!

ADELA. Padre mio!

ANTONIO. Señor!

PEDRO. El Dios que vela por nosotros dicen que no abandona la suerte del desgraciado! Ah!

ADELA. Qué teneis, padre mio?

ANTONIO. Estais muy pálido!

PEDRO. Nada, no tengo nada!

ANTONIO. Acaso la necesidad...

PEDRO. Necesidad!... no pronuncies esa palabra; el pobre no tiene necesidades; el pobre no necesita ni aun compasion! Infeliz hija mia! Tan jóven, tan bella, cerradas para tí las puertas de ese mundo deslumbrador, cerradas para todos! Qué va á ser de nosotros sin un apoyo, sin una mano benéfica que alivie nuestra situacion!... sin un pedazo de pan para mis pobres hijos!...

ADELA. No os aflijais, padre mio, trabajaremos, imploraremos la caridad.

PEDRO. Trabajo! Caridad! Y cuando no hay trabajo? y cuando la caridad no es mas que una palabra vana que sale de los labios del pobre para perderse en el viento entre el estruendo de los festines? Trabajo! Sabeis lo que me han contestado cuando he ido á buscarlo? «*Andad, buen hombre, no os queremos, sois demasiado viejo.*» Caridad! Sabeis lo que me han dicho al implorarla? «*Trabajad, buen hombre, sois demasiado jóven para pedir limosna!*» Maldita sociedad!

ADELA. Padre mio, yo imploraré la compasion; mi voz tal vez les llegará al corazon.

PEDRO. Oh! nunca, hija mia; tu voz despertará sentimientos imprudentes, y tu rostro acrecerá la llama de las bastardas pasiones: no, hija mia, jamás, jamás implores la caridad pública si no quieres vender tu honor á los que

trafican con todos, hasta con el suyo mismo!

ADELA. Antonio nos ayudará.

PEDRO. Antonio tiene sagrados deberes que cumplir con sus padres, y antes que todo es buen hijo.

ANTONIO. Confiad en la Providencia.

PEDRO. Dejadme, hijos mios, dejadme solo un momento; tengo necesidad de estar solo.

ADELA. (*Aparte á Antonio.*) Volverás?

ANTONIO. (*Idem.*) Si, Adela mia. (*Desde el fondo al marcharse.*) El cielo les proteja!

ADELA. (*Desde la izquierda mirando á su padre.*) Dios mio, ampara á mis pobres padres!

ESCENA V.

PEDRO.

Ah! Ya estoy solo! necesito llorar, necesito desahogar mi corazon! Pobre esposa mia, pobres hijos mios, qué va á ser de ellos! Infeliz Adela! Huérfana, por desgracia, tiene en mí su único amparo; pero qué amparo tan mezquino! Oh! que ignore, que ignore siempre el secreto de su nacimiento, maldeciria el instante en que la adopté por hija para legarle un porvernir tan desgraciado. Dios mio! me siento débil, muy débil; no importa, sabré resistir mas hasta que el cielo me designe otra suerte.

ESCENA VI.

PEDRO, *el* CONDE.

CONDE. Ah de casa.

PEDRO. Quién va?

CONDE. Pedro el jornalero?

PEDRO. En qué puede serviros?

CONDE. Ah! sois vos? me alegro, tengo que hablaros dos palabras.

PEDRO. Si gustais tomar asiento...

CONDE. No, estoy bien. Hánme dicho que tu familia, bien desgraciada por cierto, no cuenta con los suficientes medios para atender á su subsistencia.

PEDRO. No han hecho mas que deciros la verdad.

CONDE. Los que en el mundo gozamos de una mediana fortuna cumplimos un deber tendiendo una mano benéfica al que necesita de nuestro auxilio, y hé aqui el objeto de mi visita.

PEDRO. Ah! señor, cuanta bondad! el cielo os envia; él premie este rasgo de vuestro generoso corazon.

CONDE. Bien, tú necesitas dinero, yo te daré cuanto puedas desear; solo con el cumplimiento de una condicion.

PEDRO. Imponedla y os serviré de rodillas.

CONDE. Sabes que hace tiempo un príncipe castellano gime en el destierro la ingratitud de los que son sus verdaderos hijos; una pandilla de hombres ilusos proclamó con dañado intento reina de esta desgraciada nacion á una princésa á quien por ningun título corresponde la corona.

PEDRO. Qué decis?

CONDE. El golpe está dado; el digno príncipe volverá otra vez á ocupar el trono, que por derecho le pertenece; necesito un hombre de confianza que ayude á poner en práctica mis planes, quereis serlo vos?

PEDRO. Callad, si conocierais mis sentimientos no vendriais á proponerme una accion infame; desde la niñez juré defender á mi reina, única á quien reconozco; con mi sangre he sellado este juramento y no faltare jamás á él.

CONDE. De bastante os sirve vuestra reina, no estais pereciendo de hambre?

PEDRO. Y qué? acaso tiene ella la culpa? La pandilla infame que la rodea y que como una oscura nube oculta al pueblo los rayos de su benéfico corazon. Contra esos, si; mi sangre, mi vida, pero nada contra la reina á quien respeto y á quien adoro.

CONDE. (He dado el golpe en vago.) Pues diz que el pueblo no está muy contento con su reinado.

PEDRO. Mentira: los palaciegos que rodean el trono son los que quizás socaban sus cimientos, en tanto que le adulan con hipócrita sonrisa; el pueblo siempre franco, cuando llega la hora de salvarle, tiene una espada en su mano para acabar con los tiranos y una muralla en su pecho para defender á la reina.

CONDE. (Nada consigo por este lado, veamos la segunda parte.)

Pues bien, quiero respetar vuestros principios; pero quiero tambien á toda costa seros útil. Teneis una jóven hija vuestra, no es verdad?

PEDRO. Señor, es cierto, es su única felicidad el darme el nombre de padre.

CONDE. Pues bien; deseo llevarme esa niña.

PEDRO. Caballero! con qué objeto?..

CONDE. El objeto no hace al caso: lo positivo es que tú tienes una niña, que por ella te ofrezco una cantidad respetable, y que no te creo tan necio que dejes de aceptar.

PEDRO. Caballero! habeis venido á insultar nuestra miseria con vuestra intolerable insolencia? Que yo no tengo cariño á mi Adela, cuando es un pedazo de mi corazon! Que yo la venda por un puñado de oro! Y no os avergonzais de proponer á una persona honrada semejante crimen?

CONDE. Ta... ta... ta... la voz del hambre es mas imperiosa que la de la honradez, y pasado el primer arrebato yo creo que concluiremos el negocio.

PEDRO. Salid, salid de esta pobre casa, si no quereis exponerme á que cometa un crimen con una persona indigna como...

CONDE. Silencio, villano, mide tus palabras y respeta mi posicion.

PEDRO. Vuestra posicion! Y qué es para mí vuestra posicion? Venis á proponerme una accion infame, y ante la ley de la justicia somos iguales, como ante la ley de Dios, que es el que juzga las conciencias.

CONDE. Dejémonos de moralizar en este momento y vamos al grano. Aqui tienes esta bolsa.

PEDRO. Guardad vuestro dinero: á costa de mi honra desprecio la vida y la sacrifico por ella.

CONDE. Y la de tu esposa, la de tus hijos?

PEDRO. Es verdad! pobres hijos mios! en este momento llorarán de hambre y su padre desprecia el oro que podria alimentarles.

CONDE. Reflexiona...

PEDRO. Ah! mi esposa... mis hijos... Adela no es hija mia... la amo, pero... (*Aparte.*)

CONDE. Toma.

PEDRO. No, nunca, el oro de esa bolsa está envenenado y me mataria con su brillo; marchaos, marchaos de esta casa, no pongais á prueba mi virtud; el hambre es

terrible y... huid, huid, no quiero veros, marchaos y os perdono.

CONDE. (Es duro como una piedra! un hombre montado á la antigua.)

PEDRO. Alejaos por piedad de esta casa. Ah! no puedo resistir! (*Cayendo en el sillon.*)

CONDE. Bah! volveré despues, media hora te doy de término para decidirte, y ay de tí, si tu oposicion es tan fuerte que no cede á ninguna instancia. (Volveré luego, no resistirá, la presa es mia, no hay duda, el oro quebranta la mas sólida virtud.) Hasta luego, toma por ahora. (*Arroja la bolsa sobre la mesa.*)

ESCENA VII.

PEDRO.

(*Como volviendo en sí al ruido del dinero.*) Ah! Caballero, caballero, se ha marchado! y su oro ha quedado sobre esa mesa, no, yo no debo tocarlo, yo no debe ni aun mirarlo, pereceremos de miseria; pero no importa, pereceremos honrados. Pobre Adela mia! Venderla! Venderla! Oh! esos hombres no tienen conciencia, esos hombres no tienen sentimientos humanos! pobre hija mia! y me ha dicho que volverá, si, volverá y yo le entregaré esa bolsa con que ha pretendido comprar mi honor. Oh! Sociedad, sociedad! Qué dirias al escuchar el relato de esta historia? Mentira, exclamarias, no existe un hombre que prefiera mil muertes á su deshonra, y tú tienes derecho de insultar al pobre y el pobre no le tiene de escupirte á la cara, tu insolencia! Oh! Dios mio!.. mi cabeza se pierde... mi cerebro se... no, no... aparta, aparta sombra importuna, aparta, yo prefiero morir... Oh! no me arrebates á mi hija, es mi único consuelo... qué derecho tienes para ello? eres mas fuerte? eres mas rico? pues bien, yo lucharé contigo. Me encadenas? pues bien, sucumbiré, pero... no, no... aparta... no podemos resistirte... aparta sombra importuna... mal... dita... seas! (*Cayendo en el sillon.*)

ESCENA VIII.

PEDRO, ADELA.

ADELA. Me pareció escuchar... ah! no, está dormido, pobre padre mio, el sueño le consolará.

PEDRO. Ah! (*Volviendo en sí.*)

ADELA. Soy yo, padre mio!

PEDRO. Tú, eres tú... Ven, ven á mis brazos, hija mia, no te apartes de mí, he tenido un sueño horroroso.

ADELA. La debilidad...

PEDRO. Tal vez... no sé... mi cabeza... está trastornada... y...

ADELA. Dios mio! qué veo! esa bolsa! padre mio! oh! felicidad, acaso el cielo...

PEDRO. Oh! el infierno!

ADELA. Qué!

PEDRO. No, no te acerques, hija mia, esa bolsa está envenenada, el ambiente que la rodea te mataria.

ADELA. Dios mio! qué decis?

PEDRO. Un hombre malvado, un hombre salido del infierno ha dejado esa bolsa sobre la mesa para insultar nuestra miseria, porque primero pereceremos todos que tocar una de las monedas que contiene.

ADELA. Pero por qué, padre mio?

PEDRO. Porque la ha dejado con una condicion horrible, la de que le siguieras para siempre.

ADELA. Ah! padre mio, tengo miedo.

PEDRO. No temas; mientras me quede aliento nadie tiene en el mundo poder bastante para separarte de mi lado.

ADELA. Si, padre; huyamos, huyamos de ese dinero: moriremos pobres, pero honrados.

PEDRO. Ven á mi lado, hija mia; es hora de que te descubra un secreto: me siento desfallecer y no quiero bajar á la tumba con él. Nuestra historia está envuelta en una continuada série de desgracias: hijo yo de padres pobres, pero honrados, he sufrido siempre con resignacion los reveses de mi contraria fortuna: libre por principios, libre por conviccion, he preferido vivir en la miseria á doblegar mi cabeza al yugo de un tirano: el bautismo de sangre recibido el memorable *dos de Mayo* ha podido conservar hasta hoy pura y sin mancha mi

conciencia. En mi juventud tuve un hermano á quien el cielo legó un juicio, para nuestra desgracia, harto ligero; víctima inocente de sus amores con una noble señora, fué una hermosa niña abandonada por él y recogida y criada con esmero por otro hombre: la noble señora pereció á la fuerza de los remordimientos, y mi pobre hermano le siguió como en la carrera del crimen, pues ya no he vuelto á saber de él desde su viaje á América: la huérfana inocente eres tú, hija mia!

ADELA. Ah!

PEDRO. Y el hombre que te ha criado aquel á quien llamas tu padre...

ADELA. Oh! Dios mio! Solo faltaba á mi desventura el saber que no os debo el ser!

PEDRO. Si, hija mia; me siento próximo al sepulcro y no quiero morir con mi secreto. La única prenda, la única herencia que puedo legarte es esta, el retrato (*Sacando un medallon del pecho.*) de tú pobre madre: consérvala como yo la he conservado; es de oro: mil veces he sentido la voz horrorosa del hambre, como la siento ahora, pero nunca he querido desprenderme de ese medallon.

ADELA. Oh! madre mia! (*Besando el medallon.*)

PEDRO. Consérvala como el recuerdo de una historia triste. Si yo muero confíate enteramente á tu Antonio, él os protegerá; y no abandones nunca á mi querida esposa, á tu segunda madre, y á tus hermanos, mis pequeños hijos. (*Ha oscurecido.*)

ESCENA IX.

DICHOS: EL CONDE.

CONDE. Allí está! Qué bella es!

PEDRO. Otra vez! Caballero, os atreveis á repetir la profanacion del asilo de la desgracia.

ADELA. Padre mio, tengo miedo! (*Ocultándose detrás de él.*)

CONDE. Todavia insistis en la negativa? Yo espero que esa jóven será mas complaciente que vos; y que aceptará mi proposicion.

PEDRO. Mi hija ha aprendido la honradez de su padre, que la ha educado.

CONDE. Mal sienta esa honradez cuando tiene por compañera á la miseria, y mal la comprendo cuando habeis aceptado el oro que como en garantia dejé sobre esa mesa.

PEDRO. Mentis, caballero; mis manos no han osado tocarle.

CONDE. Es particular que quepa tanta virtud en un hombre del pueblo.

PEDRO. Cómo! Qué sabeis lo que vale un hombre que alimenta en su pecho una conciencia pura y una honradez sin mancha! Vosotros, los que vivis al arrullo de la dicha, no creeis en la virtud del pobre á quien oprimis; pues bien, ese pobre, ese hijo del pueblo que perece de miseria, sabe coger el oro y arrojarlo á la cara del rico que le insulta. (*Tomando la bolsa y haciendo lo que dice.*)

ADELA. Padre mio!

CONDE. Bien, me agrada ese ardimiento; pero en verdad debeis conocer que está mal empleado. Sosegaos y entremos en transaccion. Un coche espera á la puerta; es de noche; mis criados estan alerta y fieles á mis órdenes: una de dos: ó cedeis por grado, ó me veré en la precision de usar de mi fuerza.

PEDRO. Y os atreveriais?...

CONDE. Me atreveré á todo: esta casa está en despoblado: vuestros gritos de socorro se perderán en el viento: os haré prender, y me apoderaré de vuestro tesoro: elegid.

PEDRO. Caballero, llega al colmo vuestra audacia: antes de separarme de mi hija, antes de acercarse á ella, tendrán qué pasar sobre mi cadáver.

CONDE. Con eso te ahorrarás de sufrir.

PEDRO. Me siento con sobrado valor, que me inspira el cielo. El hombre que, como vos, guarda tanta perfidia en su pecho, no merece que le cubran esas insignias de honradez y de virtud: el hijo del pueblo no permite que las profaneis, y en el nombre de Dios las arranca para arrojarlas á vuestro rostro. (*Arranca las cruces del pecho del Conde y las arroja á su cara.*)

ADELA. Ah!

CONDE. Malvado! Yo castigaré tu atrevimiento. (*Dirigiéndose á la puerta.*)

ADELA. (*Abrazándose á sus rodillas.*) Ah! Piedad, piedad, señor: mi padre no sabe lo que ha dicho: yo os imploro su perdon.

PEDRO. Levanta, hija mia: la virtud no debe estar de rodillas ante el crimen, sino con la frente erguida, despreciando sus amenazas.

CONDE. Juan, mis servidores (*Los criados se presentan en la puerta.*), prended á ese hombre.

PEDRO. Resistiré hasta el último momento. (*Cogiendo una silla.*)

ESCENA X.

DICHOS: MARIA.

MARIA. Esos gritos, Dios mio, qué quiere esa gente?

PEDRO. Son nuestros verdugos. Pretenden robar á nuestra hija.

MARIA. Ah! Piedad, señor!

CONDE. No la haya para nadie. Prendedle.

ADELA. Dios mio! (*Los criados acometen á Pedro.*)

PEDRO. Ah! Villanos! Me faltan las fuerzas, me... ah! (*Le oprimen, y medio desmayado le arrastran al foro.*)

ADELA. Padre mio! Padre mio, ah! (*Cayendo desmayada en los brazos de Maria.*)

MARIA. Pedro, hija mia!

CONDE. La ocasion nos favorece. Llevadla. (*A otros dos criados. Se acercan y separan á Adela de su madre.*)

MARIA. Oh! No me la quiteis.

CONDE. Apartad, señora. Habeis querido la guerra, pues guerra: el mas fuerte debia triunfar. Morid ahora abandonada. (*Arrojándola con fuerza, y cae arrodillada. Salen todos.*)

ESCENA ULTIMA.

MARIA, *despues* ANTONIO.

MARIA. Oh! Dios mio! Dios mio, nos habeis abandonado. Socorredles, socorrednos á todos.

ANTONIO. (*Por la ventana.*) Qué es esto, madre mia? El murmullo de muchas voces oidas aqui, me ha obligado á saltar por la ventana para no dar la vuelta á la puerta. Decidme, qué ha pasado?

MARIA. Ah! Hijo mio ..

ANTONIO. Hablad, madre, hablad.

MARIA. No... si... mi lengua... han... han ro... bado... á Adela.

ANTONIO. Ah! Qué decis?...

MARIA. Corre... corre... defiéndeles... por allí...

ANTONIO. Dios mio, dadme valor... Un arma, un... Nada... no importa. Mis brazos... Oh! Corro á salvarla. (*Sale precipitadamente.*)

MARIA. Si, si, corre... corre... Que llegue á tiempo... Santo Dios, que llegue á tiempo, y que... (*Se oye un tiro.*) Ah, ah!.. Dios mio, Dios mio, le han muerto! (*Cae desfallecida y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon ricamente amueblado. Un balcon á la derecha en segundo término: en primero una mesa y un sofá. Puertas.

ESCENA PRIMERA.

TOMAS, CRIADO.

CRIADO. Qué noticias puedes darme de la linda presa que tanto nos costó cazar?

TOMÁS. Sigue mas triste de cada momento: hace tres dias que está en esta casa, y aun no ha querido escuchar una palabra del Conde.

CRIADO. Bah! Con el tiempo se amansará: las mujeres todas son iguales.

TOMAS. Y sabes que pienso es una mala accion la que habeis cometido, robándole á un padre su único tesoro? Dios no puede perdonaros nunca.

CRIADO. Bah! nosotros no somos mas que instrumentos del que nos paga, y si acaso sobre él caerá todo el castigo: nuestra obligacion es obedecer con los ojos cerrados, y nada mas; y sobre todo á la jóven paloma la hemos hecho un favor. De estar sumergida en la miseria á pasar de repente á la abundancia, creo que hay una enorme diferencia; y de vestir cuatro harapos destrozados á los brillantes trajes....

TOMAS. Y ha consentido en ponerse al fin el vestido?...

CRIADO. Mucho ha costado, pero á fuerza de ruegos y amenazas se ha vestido de pies á cabeza; á las muchachas les gustan las galas, vengan de donde vengan, y un bonito traje es el mejor medio de conquistarlas.

TOMAS. Ya, pero las que prefieren su honradez...

CRIADO. Ta... ta... ta... palabras vanas; muchas conozco yo que por lucir un vestido venderian hasta la honradez de sus abuelos; desengáñate: la mujer es un animal caprichoso, y por satisfacer un capricho daria su propia vida, cuando menos el honor; este tiempo no es el de las Lucrecias, y la virtud es tan rara como los caballos verdes.

TOMAS. Se conoce que estás criado en la escuela de nuestro amo el Conde. Pues mira, á mí, la verdad, me va dando lástima esa pobre niña: tiene una cara tan buena, tan angelical...

CRIADO. Bah! mojigata, y en fin sea lo que quiera, á nosotros no nos toca mas que ver, oir y callar, para eso nos pagan. Ea voy á continuar...

TOMAS. Ah! dime: y encontró por fin el amo la cartera que con los cien mil reales en billetes se le estravió ayer?

CRIADO. Que si quieres, pues no la ha de encontrar! Buen provecho le habrán hecho los billetes á algun tuno. Hijo, ahora la honradez está mandada proscribir: por eso aunque ayer se anunció la pérdida en el Diario, trabajo inútil; buen cuidado habrá tenido de ponerla en salvo el que le tocó la suerte; pero por eso no se apura el señor Conde: es una cantidad para él insignificante. Vaya, hasta luego.

ESCENA II.

TOMAS.

No se me quita de la imaginacion esa linda niña, y daria cualquier cosa por salvarla, á pesar de los deseos del Conde. Pobre niña! Arrebatarla asi á su padre. Vamos, estos señores no tienen conciencia, no tienen... pero tate, las paredes oyen, y á los criados les está prohibido murmurar de los amos: y á propósito, aqui se acerca.

ESCENA III.

TOMAS, EL CONDE.

CONDE. Está ya todo dispuesto para el viaje?

TOMAS. Señor, se estan haciendo los convenientes preparativos para evitar los malos resultados que pudiera haber.

CONDE. Bien, retírate.

TOMAS. (Oh! pobre niña! He de hacer cuanto pueda para salvarla.)

ESCENA IV.

EL CONDE.

Mal principio ha tenido mi lance amoroso. Cada vez me sorprende mas la extraña conducta de ese jornalero: parece imposible que quepa en un hombre del pueblo tanta abnegacion y principios tan rectos de honradez. Y la niña está educada en su misma escuela: resiste con una extraordinaria fiereza mis esfuerzos para conquistar su cariño; pero en fin, el tiempo todo lo puede, y una mujer no es tan dura como una roca: mis obsequios y mis riquezas darán al traste con su virtud. Aqui sale. Cada vez mas bella.

ESCENA V.

ADELA, EL CONDE. *Adela lleva un rico traje, pero descuidadamente prendido: èstá extremadamente desfigurada y pálida.*

ADELA. Ah! siempre él! Dios mio, hasta cuándo querrás prolongar mi martirio!

CONDE. (*Señalándole la butaca.*) Pase á ocupar el trono de mis amores la reina de la hermosura. Siempre triste, siempre llorosa. ¿Qué os falta en esta mansion para completar la felicidad? Pedidlo, y al punto tendreis servidos los mas pequeños deseos.

ADELA. Salir de aqui, ver á mi padre, quitarme estas galas que me oprimen y que no me dejan respirar.

CONDE. Vuestro padre está libre: le hice abandonar en el

camino, y ya habrá buscado un medio para poder subsistir. Salir de aqui! Dónde mejor podeis estar? Aqui vuestras aspiraciones son las nuestras; vuestros deseos son los de todos: mandad y obedeceremos. Quitaros esas galas, cuando ellas hacen resaltar vuestra hermosura y aparecer á los ojos del que os adora como la reina del amor y del placer! Desechad esas vanas quimeras; aceptad mi cariño, y mañana mismo partiremos de aqui; viviremos en un jardin, donde sereis la mas preciosa flor; y alli al arrullo de los céfiros suaves, al blando murmullo de los rios y al dulce canto de las tiernas aves, yo posaré mis labios sobre esa sien divina... (*Acercándose.*)

ADELA. Caballero! (*Levantándose con dignidad.*) Respetadme, porque tengo aun sobrada energia para hacerme respetar. Hija de una familia pobre, pero libre como el viento, jamás besaré la mano que me humilla; jamás bajaré mi frente ante bastardas ambiciones, porque es poco vuestro oro y el del mundo entero para comprar la virtud de una mujer honrada.

CONDE. Perdono vuestra altaneria en gracia de la belleza que os añade; pero decidme, pobre jóven, á qué hablais de libertad y tirania? Qué sabeis vos lo que es la libertad?

ADELA. Mentis, porque ella ha guiado mis primeros pasos: la sangre de mis padres se ha vertido en su defensa, y hasta la débil mujer es tambien capaz de verter la suya por conquistarla.

CONDE. Vanas quimeras!

ADELA. Oh! no son quimeras: los principios de una causa justa no pueden permanecer mucho tiempo despreciados. Ay de vos el dia en que vuelvan á brillar con todo su esplendor!

CONDE. Bien! bien! Pareceis una heroina de la edad media. Me gustan vuestros arrebatos, porque demuestran un corazon ardiente capaz de brillantes sensaciones; pero dejad á un lado esas ideas y tratemos solamente del amor.

ADELA. Mi amor tambien es libre como mi corazon: hace tiempo que lo he entregado todo á un hombre, y él solo es digno de poseerlo.

CONDE. Sereis una graciosa parodia de Lucrecia.

ADELA. Desprecio vuestra insolente burla, como desprecio al hombre que la lanza.

CONDE. Señora mia, sois demasiedo exajerada en vuestras ideas, y lo siento, porque no quisiera reñir con vos.

ADELA. Tan indiferente me es vuestro cariño como vuestras amenazas.

CONDE. Sois dura como una roca.

ADELA. Y vos molestó cómo un necio.

CONDE. Ved que soy mal adversario.

ADELA. Dios me protejerá en la lucha.

CONDE. Con que quereis luchar?

ADELA. Y á muerte.

CONDE. Temed mi venganza.

ADELA. Temed vos al cielo.

CONDE. Será terrible.

ADELA. Será implacable.

CONDE. Pues que él os proteja.

ADELA. En él confio. (*Entra por la izquierda.*)

ESCENA VI.

CONDE.

Oh! Va despertando la ira en mi pecho! Cuándo ha podido una mujer resistirse á mis obsequios? Verme ahora despreciado por una criatura miserable, cuando la noble sociedad se ha disputado mi cariño! Oh! yo la haré sentir el peso de mi venganza, y ay de ella si no cede á ruegos ni amenazas.

ESCENA VII.

EL CONDE, TOMAS.

TOMAS. Señor Conde: un hombre vestido pobremente pregunta por V. E. Segun dice, posee la cartera que se extravió á V. E., y viene á devolverla.

CONDE. Es cierto? Y por qué no te la ha entregado?

TOMAS. Porque quiere hacerlo personalmente á V. E.

CONDE. Comprendo... el deseo de mayor gratificacion.... Hazle entrar en esta sala: vuelvo al instante. Voy á rogarla por la última vez. (*Entra por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

TOMAS, *que se habia retirado y vuelve con* PEDRO.

TOMAS. Entrad, buen hombre: el señor Conde os manda esperar aqui. (*Se retira.*)

PEDRO. Ah! voy á ejecutar una buena accion en cambio de la dureza con que el cielo me persigue. Pobre Adela mia! no se aparta un instante de mi imaginacion. Qué será de ella, sola, abandonada á los deseos de un hombre criminal? Pobre hija mia! Y á quién recurrir? A nadie: no conozco al raptor, y ademas la sociedad me contestará siempre lo que hoy me ha contestado: callad, buen hombre, os ha hecho un favor, os ha despojado de ese peso. Dios mio! Dios mio! Hoy me proporciona la fortuna este hallazgo; pero no quiero abusar de él; esto, que para mí seria un tesoro, tiene un dueño, y yo debo restituirlo. Cuánta magnificencia, cuánto lujo! Dichosos los que habitan esta morada!

ADELA. (*Dentro.*) Oh! Padre mio!

PEDRO. Dios mio... Dios mio!... Esa voz..... Oh! me engaña la ilusion? No, no; lo he comprendido bien: es ella... es ella... es mi hija!.. mi hija!.. Oh! qué idea! Acaso una casualidad... acaso el dueño de esta cartera es el raptor de mi Adela..... Ah! si, si; conozco la mano de la Providencia que la pone en mi camino. Gracias, gracias, Dios mio! Oigo pasos..... Hija mia! hija mia! Adela! Adela! aqui estoy; ven á mis brazos..... Oh! la puerta se resiste... maldicion!.. Hija mia! hija mia! ven á tu padre!

ESCENA IX.

En este momento se abre la puerta, y ADELA *se arroja en los brazos de* PEDRO. EL CONDE *queda aterrado.*

ADELA. Padre mio!

PEDRO. Hija adorada!

CONDE. Maldicion! Quién ha permitido entrar aqui á ese hombre?

PEDRO. El cielo, el cielo, que protege la virtud y castiga á los malvados!

ADELA. Padre mio!

PEDRO. Hija mia! abrázame, abrázame mil veces; pero qué veo? (*Reparando en el traje.*) Ese traje, esas galas... Adela! Adela! Qué idea!.. tú... tú has vendido acaso el único tesoro que poseias?...

ADELA. No me juzgueis asi, padre mio.

PEDRO. Sin embargo, esos trajes, esas alhajas...

CONDE. (Buena idea!) Anuncian que con mas juicio que vos ha aceptado mi amor.

PEDRO. Oh!

ADELA. No lo creais, padre mio, es una impostura.

CONDE. Ella qué ha de deciros; ocultar lo que vos llamais su deshonra.

PEDRO. Oh! infamia!

ADELA. No es cierto, padre mio.

PEDRO. Aparta, aparta de mi lado: ese vestido mancha tu sangre, y tu sangre es la mia: ese vestido te ha deshonrado, y mi nombre no sufre la deshonra. Adios, adios para siempre.

ADELA. Padre mio, piedad; me le han puesto á la fuerza.

PEDRO. Donde hay virtud no hay fuerza suficiente para combatirla. Aparta, aparta, el ambiente embalsamado que te rodea está asesinando mi corazon.

ADELA. Oh! padre mio! soy inocente.

PEDRO. Adios, Caballero, ahí teneis vuestra cartera. Me habeis asesinado; pero temed que se aproxime el dia de la venganza. (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA X.

EL CONDE, ADELA *arrodillada: despues* TOMAS.

CONDE. Surtió efecto la ocurrencia. Tomás, alcanza á ese hombre y dále en mi nombre veinte reales de gratificacion por el hallazgo de la cartera.

TOMAS. (Oh! yo le salvaré y salvaré á su hija: ayudádme, Dios mio.) (*Váse.*)

CONDE. Ya veis, señorita: abandonada por vuestro padre no os queda otro recurso que mi proteccion.

ADELA. Oh! sois un tigre: habeis desgarrado las entrañas de un padre, y os cebais en la desdicha de su hija.

CONDE. No he hecho mas que vencer en la lucha que propusimos.

ADELA. Aun no es tarde, aun el cielo me inspirará medios mas seguros para librarme de vuestra maldad. (*Entra por la izquierda.*)

CONDE. Lo temo todo de su desesperacion. Procuremos evitar algun arrebato, que acaso en su delirio amenace su existencia. Delataré á su padre como conspirador, le prenderán, le haré salir de Madrid, y entonces nada se opone á mis deseos. (*Entra.*)

ESCENA XI.

TOMAS, PEDRO.

TOMAS. Deteneos, deteneos: dad treguas á vuestra alegria, que pudiera perdernos en este momento.

PEDRO. Con que es cierto? Me asegurais que es inocente?

TOMAS. Si; pero reportaos, la salvaremos.

PEDRO. Oh! cuánto padecer, Dios mio! Quiero verla, quiero que me perdone, porque he podido dudar de su virtud. (*El Conde entreabriendo la puerta.*)

CONDE. Otra vez aqui! Buena ocasion: será la última. (*Cierra y se retira por el foro, sin ser visto.*)

TOMAS. Si, esas galas le han sido colocadas á la fuerza, yo os respondo de ello.

PEDRO. Oh! no tengo ya fé para fiarme de nadie. Vos, vos que sois su criado, tal vez me estais engañando tambien.

TOMAS. Oh, no! Creed en mí. Veis el color de mi rostro? El os dice que pertenezco á la desgraciada raza, esclava siempre de inhumanos señores; pero esa raza degenerada tiene un alma tan hermosa como feo es el rostro que la encubre: esa raza, que á la fuerza ha de besar la mano que la humilla, está deseando romper los hierros que la encadenan, y no perdona medio alguno de clavar su afilada garra en sus tiranos opresores. Yo pertenezco á ella; yo aborrezco por instinto al que quiera titularse mi señor. Pues bien, yo compadezco á vuestra hija, y haré cuanto esté en mi mano para librarla de su verdugo. Comprendeis ahora por qué conspiro contra el Conde?

PEDRO. Oh! si, es verdad, todo lo comprendo.

TOMAS. Pues bien, dejadme obrar.

PEDRO. Os fio mi ventura.

TOMAS. Id descansado.
PEDRO. Os dejo guardador de la honra de mi hija.
TOMAS. Perded cuidado, que haré cuanto pueda por salvarla.
PEDRO. Dios os proteja.
TOMAS. Confiad en él.

ESCENA XII.

DICHOS, UN JEFE DE LA POLICIA *y dos ó tres gendarmes.*

JEFE. Deteneos. Quién de vosotros es Pedro el jornalero?
PEDRO. Le teneis presente.
JEFE. En nombre de la justicia daos á prision.
PEDRO. A prision!... Yo!... Qué decis?
JEFE. Lo que habeis oido.
PEDRO. Y de qué crimen se me acusa?
JEFE. De conspirar contra el trono de S. M. entre los que titulándose republicanos pretenden destruirle.
PEDRO. Mienten, villanos! Jamás Pedro el jornalero ha conspirado contra su reina; jamás el trono ha tenido un defensor mas leal.
JEFE. Ante la autoridad podreis responder.
PEDRO. Oh! no, no. Yo no puedo seguiros: yo no soy conspirador.
JEFE. No puedo oiros, ni detenerme aqui mas.
PEDRO. Y quién, quién ha sido el infame que me ha calumniado?

ESCENA XIII.

DICHOS: EL CONDE.

PEDRO. Ah! ya lo comprendo todo! Vos, vos que no contento con robarme el honor, habeis querido arrebatarme la libertad!
CONDE. Llevadle.
PEDRO. No: antes quiero que sepan de lo que sois capaz. Ese hombre, ese hombre me ha robado á la hija de mi corazon: ese hombre ha venido á proponerme una infamia, y ahora quiere vengarse.
CONDE. Llevadle, está demente.
PEDRO. Loco! Yo loco! Mientes, infame! Mi hija, devuélveme á mi hija.

CONDE. Yo no tengo á vuestra hija.

PEDRO. Oh desesperacion!

JEFE. Venid

PEDRO. No, dejadme, dejadme.

JEFE. Es cierto que está aqui su hija? (*Al Conde.*)

CONDE. No le creais, está loco.

PEDRO. Oh! Registrad, registrad la casa. Mi hija está aqui: la tiene oculta á vuestros ojos.

CONDE. Es mentira!

ADELA. (*Saliendo.*) Es verdad!

PEDRO. Hija mia! (*Tomás la detiene.*)

CONDE. Maldicion! (*A Adela, bajo.*) Si insistis en declarar que sois su hija, antes de cinco minutos habreis encontrado los dos la muerte.

ADELA. Ah!

CONDE. La negativa solamente puede salvaros.

PEDRO. Hija mia, declara en alta voz que eres mi hija.

ADELA. Qué hacer?

CONDE. Negad, ó la muerte para los dos.

PEDRO. Callas! Adela, Adela, no temas; habla, habla por piedad.

JEFE. Contestad. Sois hija de este hombre?

CONDE. Su vida depende de vuestra palabra.

ADELA. Oh!—No.

PEDRO. Qué! Qué ha dicho! No..... no, no puede ser; es un sueño; mienten mis oidos. Ella no puede decir semejante cosa. Ella es pura, inocente; en su pecho no cabe la maldad... Repite, repite esa palabra: estos hombres no lo han oido bien... Díles, diles en alta voz que eres mi hija, la hija de mi corazon.

CONDE. No os dije que estaba loco?

PEDRO. No, no, mentira! No estoy loco... la veo... es ella... es mi hija... Apartaos... dejadla, dejadla... que diga lo que siente, que sienta lo que dice... Oh! habla, habla por piedad.

CONDE. (*A Adela.*) Entrad, entrad: yo le salvaré. Si hablais es segura su muerte. (*La hace entrar por la izquierda, y cierra.*)

ADELA. Ah!

CONDE. Conducidle.

ESCENA XIV.

PEDRO, TOMAS, JEFE, *etc.*

PEDRO. Ah!... Se marcha... se marcha! Me abandona! Ingratos, ingratos hijos! Oh! dejadme, dejadme! Quiero... quiero arrancársela á ese tigre!... Pero... pero no, no: ella me ha despreciado, ha huido de mí!. . Llevadme, llevadme á morir... á... no sé... Cielos! Cielos! Es cierto, yo estoy loco! Llevadme .. (*Da dos pasos y vuelve.*) Oh!.. no, no puedo!... Hija mia!! (*Cae en brazos de Tomás. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Bosque á lo lejos.—A la derecha en primer término la fachade una elegante casa de campo con dos puertas; á la izquierda una mesa redonda y un banco de piedra. Al foro verja de hierro con una gran puerta.

ESCENA PRIMERA.

CRIADO, TOMAS.

CRIADO. Qué tal, sabeis si la niña se ha consolado ya?

TOMAS. Creo que nunca podrá conseguirlo; por mas que el Conde la proporcione cuantos objetos de distraccion puede apetecerse, ella no cesa de pensar en su querido padre.

CRIADO. Trabajo perdido; su padre ha muerto en la cárcel, donde le condujeron por conspirador.

TOMAS. Oh! casi aseguraria que aquel hombre no era capaz de conspirar. Le prendieron seguramente porque nuestro amo le delató, y, según dice, ha muerto en la cárcel.

CRIADO. Mejor para él, porque de todos modos no hubiera vuelto á ver á su hija; aqui en esta quinta tan retirada de la córte nadie es capaz de descubrir su paradero. Y dicen que el padre tuvo varios accesos de locura antes de morir.

TOMAS. Yo nada creo; cuanto sabemos es por boca de nuestro amo. Pobre niña, la compadezco!

CRIADO. (Este me parece que se va volviendo rebelde, tendré que avisar al Conde...)

TOMAS. Hasta luego.

CRIADO. Voy á recorrer el bosque cercano.

TOMAS. Id con Dios.

CRIADO. Oh! estoy seguro de que el maldito negro vende á su señor.

ESCENA II.

EL CONDE, ADELA, (*vestida de luto*) *salen de la casa.*

CONDE. Vamos, ya habeis llorado bastante, vuestro padre ha muerto.

ADELA. Y vos habreis sido su asesino.

CONDE. Perdonad, Adela, sois demasiado cruel en ultrajarme de ese modo. Vuestro padre habia perdido la razon, era conspirador y la justicia le encerró; en su encierro ha muerto y... ya veis, yo no tengo la culpa, su vejez, su miseria... yo le ofrecí oro y él lo rehusó.

ADELA. A costa de su honra debia rehusarlo.

CONDE. Pues bien, ahora habeis quedado sola en el mundo, enteramente sola, abandonada...

ADELA. Mentis, no estoy abandonada.

CONDE. Pues qué os queda?

ADELA. Mi conciencia y mi virtud.

CONDE. Palabras vanas. Comprendo vuestro sentimiento; es natural: la pérdida de un padre debe llorarse, mas pasado algun tiempo le olvidareis: entonces empezareis á comprender cuánto os adoro y cuánto hago por vos. Aqui sois la reina de estos deliciosos jardines, donde todo os obedece y está sujeto á vuestros deseos. Mirad, Adela mia, mirad cómo doran los rayos del sol las copas de los árboles: escuchad el trino de las aves, que cantando en la enramada llaman con dulce acento al objeto de su amor: mirad las bellas flores cómo doblan sus corolas para besar el agua del manso riachuelo que corre á sus pies, dándolas aroma y colores: todo, todo está convidando á amar; amadme vos tambien, Adela mia.

ADELA. Jamás, jamás podrá caber en mi pecho sino el odio

eterno al asesino de mi padre!

CONDE. Sois cruel y altanera.

ADELA. Nunca el miedo ni la ambicion han sido capaces de doblegar el alma mia.

CONDE. Pues tendreis que ceder á la fuerza.

ADELA. Jamás la fuerza será bastante á combatir mi voluntad.

CONDE. (Oh! qué idea! Yo la pondré en el último extremo, y no tendrá mas remedio que dejarse vencer.) Señora, pensad en vuestra posicion y decidios pronto.

ADELA. Estoy resuelta.

CONDE. Pasad á vuestro gabinete y esperad mis órdenes.

ADELA. (Oh! yo encontraré medio de acabar con una existencia que me es odiosa!) (*Entra en la casa.*)

ESCENA III.

EL CONDE.

Nada, siempre la misma tenacidad. Pero no importa, yo la haré ceder. Oh! no ha de pasar mucho tiempo sin que caiga á mis pies pidiéndome clemencia.
(*Entra en la segunda puerta de la casa.*)

ESCENA IV.

ANTONIO *por el foro: poco despues* PEDRO.

ANTONIO. Aqui hay una casa, aqui tal vez tendrán compasion de este pobre viejo. Entrad, entrad; descansemos aqui un momento.
(*Pedro, en mangas de camisa y extremadamente desfigurado; con todas las señales de una enagenacion mental, entra apoyado en el brazo de Antonio, y va á sentarse en el banco de piedra.*)

PEDRO. Ah! no puedo mas... el cansancio... la fatiga... yo... no...

ANTONIO. Descansad aqui; pediremos en esta casa un poco de agua para que refresqueis vuestros labios.

PEDRO. (*Entre sí.*) Traidores... traidores! apartaos... dejadme... dejadme. Mienten, mienten los que me acusan... Y miente ella, ella! mi hija! No, no puede ser; ella no dice semejante cosa, la habeis oido mal... Dejadla... de-

jadla. Oh! infames, infames! me habeis asesinado!

ANTONIO. Padre, padre, sosegaos.

PEDRO. Padre!... no, no pronuncies esa palabra: yo no tengo hijos, mentira! Oye... yo tenia una niña... inocente, hermosa como el azul del cielo... Ella me llamaba su padre y me halagaba con sus caricias... pero, infame, al mismo tiempo clavaba en mi corazon un puñal envenenado! Oye... un dia un hombre sin conciencia la robó de mi lado, y ella, pérfida, huyó alegre y satisfecha con él... Luego... yo, yo, que la he criado, que soy su padre, fuí á reclamarla, y... sabes, sabes lo que hizo?... Oh! que no nos escuche nadie, porque es una cosa horrible. Adela dijo que no era mi hija, que no me reconocia!... Infame! y por ella me prendieron... y por ella me encerraron en un oscuro calabozo, y por ella me dijeron... ese hombre está loco! loco! Ingrata hija!

ANTONIO. Padre! Oh! su cabeza desvaria! La necesidad... los trabajos! Cuatro dias que andamos por estos bosques mendigando una limosna, desde que dejaron libre al pobre viejo, convencidos de que no era un conspirador. Oh! qué ha de ser de nosotros! Qué será de la infeliz Adela!

PEDRO. Me... siento tan débil... tan fatigado...

ANTONIO. Esperad, llamaré aqui. (*Llama á la puerta de la casa.*)

ESCENA V.

DICHOS, TOMAS, *á la puerta.*

TOMAS. A quién buscais?

ANTONIO. Perdonad, pero la necesidad nos obliga á pediros un favor. Mi padre, que es un pobre viejo, se encuentra muy fatigado. Querriais tener la bondad de darme un vaso de agua para él?

TOMAS. Oh! si, vuelvo en el momento. (*Se retira, y á poco vuelve con un vaso de agua.*)

ANTONIO. Oh! el cielo tendrá piedad de nosotros. Animaos, padre, animaos.

PEDRO. Ah!...

TOMAS. (*Saliendo.*) Tomad, buen hombre. (*Reparando á Pedro, que bebe con ansiedad.*) Cielos! qué miro! Ese hombre,

ese hombre es el padre de Adela?

ANTONIO. Qué decis! conoceis acaso á Adela? Sabeis dónde se halla?

TOMAS. Oh, demasiado! Pero explicadme: nos dijeron que Pedro habia muerto.

ANTONIO. Infamia! Pero ella, decidme, dónde se halla?

TOMAS. Callad, callad, no nos descubran: yo soy su único protector: ella está en esta casa.

ANTONIO. Oh!

TOMAS. Reprimios: la salvaremos, pero dejadme obrar á mí solo: vuestra presencia en este momento podria comprometer el éxito: ocultadlo todo á su padre, y fiad en mí.

ANTONIO. Oh!

TOMAS. Si, si; y apresuraos á llevarle de aquí. Ocultaos en el bosque próximo; yo os proporcionaré cuanto necesiteis para vuestra subsistencia, y os avisaré de cuanto ocurra.

ANTONIO. Oh! Ayudadnos, Dios mio!

TOMAS. Pronto, retiraos pronto. (El cielo nos ayude!) (*Entra por la primera puerta de la casa.*)

ANTONIO. Padre, ya habeis descansado; retirémonos.

PEDRO. Vamos...

ANTONIO. Oh! Cuánto padecer! (*Pedro, apoyado en el brazo de Antonio, se retira por el fondo.*)

ESCENA VI.

EL CONDE, *saliendo por la segunda puerta de la casa.*

CONDE. Bien, la última prueba: esta ha de ser la que consiga mi objeto, ó me vengue. No, ella no podrá ser tan fuerte que no se deje vencer: el miedo, el amor á la vida harán que ceda. (*Acercándose á la puerta.*) Hola, Tomás! Traed un jarro con agua, dejadlo sobre la mesa y avisad á Adela de que la espero en el momento. (*Tomás hace lo que le indica el Conde.*) Si, no hay duda: mio es el triunfo. Oh! lo que no pueden los halagos lo consiguen las amenazas.

TOMAS. (*Dejando el jarro sobre la mesa.*) Qué irá á hacer? No le perderé de vista! (*Se retira.*)

ESCENA VII.

El Conde, *despues* Adela.

Conde. Ea, no hay mas remedio. (*Llena el vaso que Pedro dejó sobre la mesa.*) Ahora el veneno. (*Vacia un pomito, que saca del bolsillo, en el vaso de agua*) Bien: ó corresponde á mi amor, ó bebe este veneno; ya estoy cansado de sufrir sus desprecios. Oh! no, no querrá morir; tendrá miedo y pagará mi cariño.

Adela. Me habeis mandado llamar?

Conde. Si, es ya hora de que pongamos término á nuestra lucha.

Adela. Y qué quereis?

Conde. Quiero vuestro amor.

Adela. Jamás!

Conde. Pues bien, yo no puedo veros en brazos de otro. Elegid: ó mi amor, ó... (*Señalando el vaso que hay sobre la mesa.*)

Adela. Qué quereis decir? Ese vaso...

Conde. En ese vaso hay un veneno.

Adela. Oh! Gracias, Dios mio! (*Precipitándose hácia la mesa y cogiendo el vaso con alegria.*)

Conde. Qué vais á hacer?

Adela. Lo que me proponeis. Elijo.

Conde. Maldicion!

Adela. Si, Conde: ahora conocereis dónde llega el valor de una mujer!

Tomas. (*Entreabriendo la puerta.*) (Oh! Qué horror! Ahora lo comprendo todo!) (*Cierra la puerta.*)

Conde. Esperad.

Adela. No; hace tiempo que deseaba la ocasion para acabar con una existencia que me es odiosa. Perdóname, Dios mio! Tú que habrás recibido en medio de tu gloria al padre de mi corazon, perdona á la hija, que prefiere la muerte á la deshonra!

Conde. Adela, reflexionad...

Adela. Estoy resuelta.

Conde. Oh! Infame, que muera! Pues bien, bebed.

Adela. Si: y al borde del sepulcro le pido á Dios que os haga tan feliz, cuanto me habeis hecho desgraciada! Adios

(*Al acercarse el vaso á los labios, Pedro, desencajado y fuera de sí, se presenta precipitadamente en el foro y dice.*)

PEDRO. Deteneos!

CONDE. Ah!

ADELA. (*Dejando caer el vaso y cayendo arrodillada.*) Mi padre!

TOMAS. (*Abriendo la puerta de la casa.*) La he salvado! (*Cuadro.*)

FIN VDEL CTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, TOMAS.

ADELA. Y mi padre, cómo sigue?

TOMAS. Mucho mejor; los delirios no son tan contínuos.

ADELA. Oh! cuánto padecer!

TOMAS. Desde que evitó con su presencia el trágico fin que ibais á dar á vuestra vida, parece que ha calmado un poco el estado de enajenacion mental en que se encontraba.

ADELA. Oh! llegó á tiempo; sin su presencia, en aquel instante hubiera terminado mi vida. El bárbaro Conde me hizo persuadir de que mi pobre padre habia muerto en la cárcel, y yo no hacia mas que aprovechar la ocasion que se me presentaba de seguirle; su oportuna llegada me impidió cometer un crimen.

TOMAS. Todos creiamos lo que el Conde nos asegûraba.

ADELA. Pobre padre mio!

TOMAS. Sosegaos, señora; con la ayuda de Dios todo podrá conseguirse: esta noche pondremos en planta nuestro plan; yo me he propuesto salvaros, y os salvaré. Anto-

nio está pronto á una señal mia; los criados respondo yo de ellos; apenas anochezca saldremos de esta casa con vuestro padre, burlando la vigilancia del Conde, y lejos de él os vereis libre de sus halagos y sus amenazas.

ADELA. Oh! gracias, gracias; mi gratitud eterna pagará tus servicios. Oh! siempre entre los malos se encuentra un alma buena que viene á secar nuestro llanto!...

TOMAS. Mirad, hácia aqui se acerca vuestro padre.

ADELA Dejadme, dejadme sola con él.

ESCENA II.

ADELA, *despues* PEDRO.

ADELA. Ah! cómo han desfigurado su rostro los pesares! (*Pedro va á sentarse al sillon sin ver á Adela.*)

PEDRO. Estoy solo, si, solo, abandonado de todos... como un pobre loco! Callad, callad fantasmas que murmurais en mis oidos esas palabras fatídicas... apartaos apartaos de mi mente, sombras que habeis venido á turbar mi razon. Oh! era tan bella! era tan pura! (*Levantándose.*) Mentira! ella vendió á su padre... ¡infame!

ADELA. Oh Dios mio!

PEDRO. Y luego... luego... si, lo recuerdo muy bien... era un hermosísimo dia... el sol difundia sus benéficos rayos, y las flores abrian su cáliz para sentir su dulce calor... Yo... yo me abrasaba de sed... y... si, si... ella... ella fué... no, yo.. no sé... mi vista se turba... mi cerebro se pierde... Oh! alli... alli está... va á beber la muerte... corred.... corred..... Oh! deteneos! Ah!.... se ha salvado!

ADELA. Padre!

PEDRO. Aparta, no despiertes en mi mente recuerdos que me atormentan. Quién eres? No te conozco.

ADELA. Miradme bien.

PEDRO. No, yo tenia una hija á quien amaba con todo el amor de un padre; esa hija me fué ingrata...

ADELA. Oh! no, no os ha sido ingrata nunca: por salvaros cometió una imprudencia, pero es inocente.

PEDRO. De veras?

ADELA. Os lo juro.

PEDRO. Oh! si pudiera verla...

ADELA. Miradme bien, padre mio; miradme, reconocedme...

PEDRO. Si, yo recuerdo... recuerdo tus facciones.

ADELA. Soy Adela, vuestra hija.

PEDRO. Tú... Qué dices?... Oh! si... si...

ADELA. Padre!

PEDRO. (*Mirándola fijamente.*) Tú.... tú.... Adela! hija mia! (*Cayendo en sus brazos.*)

ESCENA III.

DICHOS, TOMAS.

TOMAS. Oh! bien, bien! os ha reconocido!

ADELA. Gracias, Dios mio!

PEDRO. Oh! os conozco á todos, Tomás, mi fiel amigo!

TOMAS No hay tiempo que perder. Se nota en la córte una agitacion que parece precursora de un alzamiento popular. Tengo tomadas todas las precauciones: Pedro, venid conmigo; salid de esta casa y dejadme á mí el encargo de velar por Adela.

PEDRO. Oh! no, no quiero volverme á separar de su lado.

TOMAS. Vuestra imprudencia podria desconcertar mis planes. No podeis salir juntos: marchad antes vos; esperadme en la calle cercana, que yo acompañaré dentro de un instante á vuestra hija. Se oyen voces y murmullos; no perdamos tiempo.

ADELA. Padre, confiad en Dios.

PEDRO. Me entrego á su divina providencia. Vamos.

TOMAS. Vamos. (*Da un beso en la frente á Adela, y sale por el foro con Tomás.*)

ESCENA IV.

ADELA.

Ah! el cielo nos ampare! (*Arrodillándose.*)
Vírgen de amor, que en la celeste altura
ves el dolor que me traspasa el alma,
devuélveme con la tranquila calma
la dicha y la ventura!
Tú, que abarcas el mundo con tu vista;

tú, que puedes variar nuestro destino,
dame el amor del padre á quien adoro;
dame la calma que perdida lloro!
(*Levantándose.*) Crecen los gritos en la cercana calle!
Dios santo! Se habrá salvado mi padre?

ESCENA V.

ADELA, TOMAS.

TOMAS. Vuestro padre está ya libre, os espera, seguidme.
ADELA. Oh! vamos.

ESCENA VI.

ADELA, TOMAS, EL CONDE.

CONDE. Deteneos!
ADELA. Ah!
CONDE. Donde vais?
TOMAS Señor...
CONDE. Retiraos. (*A Tomas.*)
TOMAS. Nos hemos perdido! (*Entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

EL CONDE, ADELA.

CONDE. Comprendo vuestra turbacion: ibais acaso á huir de mi poder con ese criado infiel? He impedido la ejecucion de vuestro plan.
ADELA. Dios mio!
CONDE. Ois, ois los gritos del pueblo en la cercana calle? Pues bien, ha triunfado por fin el partido á quien hace tiempo pertenecia el poder en España. Hoy es el dia señalado para estallar la conspiracion en que vuestro padre no quiso tomar parte; esa agitacion me avisa de que todo ha terminado y de que el triunfo es mio; vuestro padre, á quien no ha muerto el dolor, le matará la horca.
ADELA. Ah! qué decis! por piedad!

CONDE. Para nadie la habrá! *(Se oyen gritos y algunos disparos cercanos.)* Ya ha comenzado el motin, retiraos á esa habitacion.

ADELA. Señor, piedad para mi padre.

CONDE. Retiraos. *(Adela entra por la izquierda.)*

ESCENA VIII.

EL CONDE, *poco despues* PEDRO *y* ANTONIO.

CONDE. Bien, bien, van á cumplirse mis deseos, á realizarse mis esperanzas... Oh! ya era hora de que triunfase la justicia! Oigo voces, sube gente, serán mis partidarios. Oh! alegria! Salgo á recibirles... *(Se adelanta hácia el foro, al mismo tiempo llegan á la puerta multitud de hombres armados y con hachas.)* Aqui estan! *(Dirigiéndose á ellos.)* Viva el Rey!

PEDRO. *(Presentándose en medio de todos con Antonio.)* Viva la Reina!

CONDE. *(Aterrado.)* Oh! qué dices!

PEDRO. Que la libertad ha triunfado de la tirania; que el pueblo se alza como una sola voluntad para caer sobre los malvados que han abusado de él.

CONDE. (Oh! nos han vendido!) Y qué quereis de mí?

PEDRO. Vuestra vida.

CONDE. Ah!... *(Precipitándose hácia la puerta de la izquierda, saca arrastrando á Adela, y arrodillándola á sus pies le pone al pecho un puñal.)* Pues bien, tomadla: vida por vida.

PEDRO. Ah! Infame! Por piedad, respetad la suya!

CONDE. Respetad la mia!

ADELA. Padre mio!

UN HOMBRE DEL PUEBLO. Muerte á él.

CONDE. *(Levantando el puñal.)* Pues muerte á ella.

PEDRO. Deteneos!

TOMAS. *(Sale por la izquierda con una pistola en la mano y la dispara junto al pecho del Conde, que no puede verle.)* No es necesario!

CONDE. Ah, traidor! *(Cayendo.)*

ADELA. Padre mio! Antonio! *(Corriendo á sus brazos.)*

PEDRO. Hija de mi alma!

CONDE. Ah!... Yo... muero... aqui... tomad, tomad... esta... car... tera... *(Sacando una cartera del pecho.)*

PEDRO. (*Tomando la cartera y abriéndola.*) Cielos! Esta cartera!... Esta cartera!

CONDE. Ahi... está... mi historia...

PEDRO. (Vuestra historia!... Oh! qué idea!...) Señores, un momento, perdonad. Tengo que hablar dos palabras con el moribundo. Salid, salid un instante. (*Se retiran todos, quedando solos Pedro y el Conde.*) Vuestro nombre, vuestro verdadero nombre. (*Muy agitado.*)

CONDE. Jorge... Go...

PEDRO. Ah! No prosigas! Luego... luego... Adela... Dios mio! Qué horror!...

CONDE. Yo... no... puedo...

PEDRO. Animaos... animaos! Oh! Se muere... se muere!... Socorro... socorro!

CONDE. Perdon... na... me... (*Espira.*)

PEDRO. Cielos! Muerto .. muerto! Perdonadle, Señor: era mi hermano! (*Cayendo arrodillado sobre el cadáver.*)

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

aques de la vejez.
gela.
ctos de odio y amor.
anos del alma.
ar despues de la muerte.
mejor cazador...
que quieren las cosas.
or es sueño.
abo de los años mil...
rcon.
iza de herencias.
iza de cuervos.
inte, rival y paje.
or, poder y pelucas.

ito viaje.
dicea, *drama heróico.*

razon y sin razon.
izares y Guevara.
no se rompen palabras.
as suyas.
spirar con buena suerte.
mes, parientes y amigos.
a cual ama á su modo.
inero y Capitan.
el diablo á cuchilladas.
lumbres políticas.

Sancho el Bravo.
Bernardo de Cabrera.
andaces es la fortuna.
sobrinos contra un tio.

inillo del Rey.
imor y la moda.
chal de cachemira.
caballero Feudal.
cadete.
inas de una flor.
un ángel!
de agosto.
re bobos anda el juego.
scondido y la tapada.
mangas de camisa.
á loca!
igor de las desdichas, ó Don
ermógenes.

Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poëtica.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
El Suplicio de Tántalo.
Echarse en brazos de Dios.
El rico y el pobre.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judío.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda
Historia china.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.

La Gitanilla de Madrid.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Llueven hijos.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La Archiduquesita.
La voz de las Provincias.
La libertad de Florencia.
La Crisis.
Los estremos.
La hija del rey René.

Mal de ojo.
Mi mamá
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Para heridas las de honor, no el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

San Isidro *(Patron de Madrid)*
Su Imagen.
Simpatía y antipatía.
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en tres minutos
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.

Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.

El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte de Don Simon.)

La Cacería real.
El Hijo de familia, ó el lance voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.
El trompeta del Archiduque.
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el sueño omnibus.
Las bodas de Juanita.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40 cuarto segundo de la izquierda.